

Las placas de Trebisonda

DAVID GISTAU

EL MUNDO, 21.04.09

EN UNA escena de la película de Spielberg, los integrantes de la patrulla que busca al soldado Ryan intentan averiguar si éste sigue vivo cotejando las placas de identificación de decenas de caídos conservadas dentro de un casco. No tardan en bromear con ellas, en usarlas como si fueran fichas de póquer, en hacer chistes con los nombres e incluso con el agujero que en alguna de ellas dejó una bala. Hasta que alguien les recuerda que cada una de esas chapas evoca a un hombre, a un compañero muerto. Y entonces sienten vergüenza.

También en Trebisonda, donde se estrelló el Yak-42, aparecieron placas de identificación mucho después de la catástrofe. Recordatorios de que allí hubo hombres muertos, y no sólo paquetes por despachar con urgencia y falta de respeto. Para el gobierno de Aznar, el accidente del Yak fue, por encima de cualquier consideración compasiva, un problema político que convenía superar cuanto antes y con el menor desgaste posible. Un funeral de Estado, unas pizcas de emoción hipócrita, y a otra cosa. Entre eso, y que 62 cadáveres son suficientes como para diluirse en esa estadística más o menos abstracta a la que se refería Stalin, la consigna que llegó a Trebisonda con los equipos de repatriación fue la de la urgencia. Una prisa que hacía imposible el cumplimiento de los plazos forenses de identificación de los cadáveres y que pasaba por engañar de un modo repugnante a todas esas familias de las que no importaba que se pasaran el resto de su vida visitando sin saberlo la tumba de un extraño. A esto fueron condenadas por los mismos políticos a los que se

les llenaba la boca con la palabra España y con relatos épicos al alba y con viento duro de Levante.

El general Navarro, el que no vio muertos sino placas con las que jugar, el que despachó treinta cuerpos a destinos errados, es una víctima de su espíritu servil ante el político al que hay que contentar aunque sea aplastando principios. El entonces ministro Trillo es inalcanzable por la Justicia y por la responsabilidad política porque tiene la protección endogámica de su partido. Pero que no vuelva a darnos la tabarra con exigencias sobre el honor o la estética. Podrá negar que la repatriación chapucera fuera una orden suya. Pero no que, una vez descubiertos los errores de identificación, su reacción, nada honorable, consistiera en tapar el asunto con añagazas, en buscar culpables voluntarios entre los forenses turcos y en aplastar con altanería, más engaños y un falso victimismo político a las familias agraviadas que si algo dieron fue una lección de contención. Que continúe en la vida pública es una de esas cosas que no se entienden de España.